

Y también el humor en la poesía de Vallejo

Hace más de dieciséis años visité por primera vez la casa de César Vallejo en Santiago de Chuco, y conocí a su hermana Natividad. La impresión que me causó su rostro es un recuerdo perpetuo en mi memoria. Delgada, altiva, con el ceño fruncido y toda vestida de negro me abrió la puerta de la casa, y yo tuve la sensación de estar frente a la imagen del poeta transfigurado en una cara de mujer. Tal era la semejanza con el hermano. Semejanza que se enriquecería con sorprendentes afinidades.

Luego de invitarme a entrar con un ademán cortés, Natividad paseó con cierto desdén y evidente ironía la mirada por las paredes y el cielo raso de la sala, y me dijo sentenciosamente: «Así que viene usted a ver la casa, al poeta. Sí. Claro. Ahora vienen a verlo. Ahora lo ven. Pero también sería bueno que vieran a la sobrina del poeta, a ésta». Y, con un gesto, me señaló a una jovencita ruborizada por el aturdimiento que le producía el hallarse frente a la visita inesperada, al extraño, al forastero. La saludé con una venia. Natividad, sin elevar el tono de la voz pero dando más energía a sus palabras, agregó: «Esta es la sobrina de César Vallejo», y me contó que el día anterior, «ayer no más», la habían rechazado en su intento de ingresar a la Escuela Normal de Santiago de Chuco sólo por darle esa vacante a la hija de un *condorazo*. Reiteró la expresión: «Sí, señor. Para darle la vacante a la hija de un *condorazo*». Había en el tono de su voz el acento propio de las quejas insondables pero hirientes, de las rebeldías impotentes pero coléricas, de las apelaciones populares. Dijo ésas y otras palabras más, muchas de las cuales me resultaron ininteligibles por perderse como un rumor entre sus labios. Seguí tras ella hacia el interior de la casa:

—Así es la vida —le dije con el propósito de aliviarla en su indignación.

—Claro, *Dios lo quiso así* —replicó sarcástica, encogiéndose de hombros como en un gesto de desdén.

Al escucharla referirse a Dios de esa manera, acento muy típico de las mujeres viejas del Perú cuando simulan halagar algo que desdeñan, y por esas asociaciones

espontáneas que las expresiones propias de una naturaleza común traen a la mente, se me vino el recuerdo de esa anécdota castellana del siglo XVI con la que, según Alfonso Reyes, oyó a Salvador de Madariaga ejemplificar el humorismo vascongado: «Un hombre cae por una ladera. Se salva agarrándose de un tronco. ¡Gracias a Dios!, le grita su compañero. Y él contesta: Gracias a palo, que la voluntad de Dios bien clara estaba». Anécdota que, a su vez, avivó en mi memoria aquel popular cuarteto:

Vinieron los sarracenos
y nos molieron a palos
Que Dios ayuda a los malos
cuando son más que los buenos.

Aquella asociación fue para mí como campanazo, como el anuncio de una misa nueva en la liturgia personal con la que suelo celebrar a Vallejo. Luego llegarían otras asociaciones que referiré en su momento.

Mientras seguía a Natividad hacia el fondo de la casa, al pasar por el zaguán, vi el cordel de la ropa secándose al sol; sobresalían una sábanas blancas:

—Ha tenido usted dura faena —le dije, señalando el cordel.

—Ahí están pues las *blancuras* al sol —me respondió.

Tan pronto Natividad concluyó aquella frase («Ahí están pues las *blancuras* al sol»), surgieron en mi mente innumerables asociaciones entre los términos, así como entre la atmósfera que creaba aquel lenguaje familiar y el lenguaje poético de Vallejo. Enumeraré algunas de esas asociaciones entre ciertos versos del poeta y ciertas frases de aquella mujer que era su hermana y seguía aún trajinando en la casa familiar de ambos, en aquel recinto de sus mutuas infancias:

De la elegía que escribió Vallejo a Alfonso de Silva, uno de sus más entrañables amigos:

«Alfonso estás mirándome, lo veo» («Sí, pues. Ahora vienen a verme. Ahora lo ven.»)

De «Telúrica y magnética»:

(¿Cóndores? ¡Me friegan los cóndores!) («Sí, señor. para darle la vacante a la hija de un condorazo.»)

De «Idilio muerto»:

Qué estará haciendo esta hora mi andina y dulce Rita de junco y capuli;
(...) Dónde estarán sus manos que en actitud contrita
planchaban en las tardes *blancuras* por venir; («Ahí están pues las *blancuras* al sol»).

Tales asociaciones y algunas otras que referiré después motivaron en mí la sensación de percibir que aquella mujer, Natividad, la hermana de Vallejo, hablaba con el acento propio de los versos del poeta. Que la gran poesía de Vallejo no había abandonado su lenguaje familiar, sino que lo había transfigurado a la más alta categoría estética. La nutriente materna, las palabras del hogar permanecían, convertidas por el genio del poeta, en una forma de expresión universal. ¿Acaso la grandeza del crea-

dor no reside en su capacidad de transfigurar tanto su experiencia individual en universal como la experiencia individual en universal? ¿Acaso la locura del Quijote no es la buena locura de todos, como la buena locura de todos es la del Quijote? Aquellas asociaciones y raciocinios despertaron en mí la convicción de que una de las columnas más sólidas sobre las que se afirmaba la trascendencia de Vallejo era el haber universalizado su habla ancestral, su entorno expresivo más íntimo, su lenguaje familiar. Haber logrado el prodigio de ser más sin dejar de ser él mismo, como lo intuye en su carta dirigida a Juan Larrea el 29 de enero de 1932, seis años antes de su muerte y desde París: «...He cambiado seguramente, pero soy quizá el mismo». Resulta importante recordar, en este aspecto, al poeta peruano y estudioso de Vallejo Américo Ferrari cuando afirma: «El poeta quiere que aquello que es “sea sin ser más”, que “nada trascienda hacia afuera”, para que “no glise en el gran colapso”. Pero al mismo tiempo comprueba que es imposible que algo sea sin dispersarse fuera de sí mismo en un proceso de multiplicación que es la existencia: “No deis 1, que resonará al infinito/ Y no deis 0, que callará tanto/ hasta despertar y poner de pie al 1”.»

Confesaré también que aquella visita a la casa de César Vallejo, en el pueblo de Santiago de Chuco, me deparó otros descubrimientos. Los referiré, como en el caso de las asociaciones, partiendo de la anécdota motivadora, del campanazo. Expresaré, antes, algunas reflexiones: si es verdad que el valor denotativo de una lengua se sostiene en las premisas universales gracias a las cuales los que integran la colectividad que la habla se entienden, es verdad también que los usos familiares, regionales, nacionales suelen crear sus propias claves semánticas merced a las cuales, si bien la palabra gana en contenido, pierde en continente, pérdida que deja de ser tal merced al conocimiento que se tenga de dichos usos. Ejemplo ilustrativo de esta reflexión es la palabra «cóndores» en el verso ya mencionado de Vallejo. Natividad, sin proponérselo, me informó sobre el significado familiar de aquella al relatarme que la sobrina suya había sido rechazada en su intento de ingresar a la Escuela Normal de Santiago de Chuco para que pudiera ser dada esa vacante a la hija de un personaje influyente o poderoso del pueblo, al que ella lo designó con el apelativo de «condorazo». Es así como, gracias a esta información, la palabra «cóndores» en el verso de Vallejo adquiere una nueva simbología que enriquece la comprensión del poema.

Otro elemento necesario que nos permite, si no la mayor valoración por lo menos la mayor comprensión del poema, es el conocimiento de la atmósfera psicológica, social, cotidiana del poeta. De lo que acontenció en su vida de puertas para adentro. De lo que, por no trascender a su vida pública, no trascendió al universo de sus lectores. De los acentos, de los tonos familiares. De su lógica personal. Ilustraré esta reflexión con el siguiente referente anecdótico: ya ganada un tanto la confianza de Natividad, en mi visita a Santiago de Chuco, empujado por la audacia propia de los jóvenes que quieren saberlo todo de repente, le pregunté a la hermana de Vallejo, entre otras cosas, qué es lo que ella había querido decir, si ella hubiera sido el poeta, con aquel verso de *Poemas humanos* «Confianza en el anteojo, no en el ojo». Natividad me res-

pondió con soltura que qué confianza podría tener ella en sus ojos, si era miope. La respuesta me hizo reír y Natividad compartió la risa; más aún cuando le hice ver que la interpretación de ese verso había dado origen a las más variadas y contrapuestas versiones entre mis amigos, pero muy aiejadas de la que yo acababa de escuchar. Entonces se me vinieron a la mente como un nuevo campanazo aquellos versos de *Poemas humanos*: «Así es la vida, tal/ como es la vida...» Y fue como si los pensara: «Así es la poesía de Vallejo, tal/ como es la vida». Recordé asimismo, por espontánea asociación, los argumentos de Antenor Orrego cuando le escuché relatar lo que él llamaba «las motivaciones circunstanciales» de los siguientes versos del poema XXXII de *Trilce*: «Serpentínica u del bizcochero/ enjirafada al tímpano». Contaba Orrego que en él y César Vallejo casi era una costumbre escuchar, desde el cuarto del poeta, en ese largo corredor de viejas puertas del segundo piso del hotel Carranza, de Trujillo, el pregón vespertino del bizcochero que anunciaba su mercancía en la forma caprichosa en que suelen hacerlo los pregoneros: «¡bizcuuuuuuchos!». Y esa o deformada en u del bizcochero que les llegaba a los oídos por el balcón desde la calle, como si la trajera un largo cuello, que por largo era imaginado como el de una jirafa, se transfiguró en el verso vallejiano en la u enjirafada al tímpano.

Antenor Orrego también solía contar cómo, cierta mañana, su amigo César llegó demudado a referirle, aún en Trujillo, la conmoción que le había causado el sueño que tuvo esa noche: Vallejo se había visto muerto en París. De aquí que cuando después escribe «Me moriré en París con aguacero,/ un día del cual tengo ya el recuerdo», tenía efectivamente el recuerdo de su muerte en París que, aunque acaecida tan sólo en sueños, era al fin de cuentas un recuerdo en su experiencia. Después, la propia vida o la propia muerte del poeta demostrarían que aquello resultó ser una premonición.

Para enriquecer aún más el universo de «las motivaciones circunstanciales» que dieron nacimiento en la poesía de Vallejo a esas experiencias personales que fueron sus versos, relataré, de mis largas pláticas con el poeta Juan Ríos, aquella en la cual él me contaba un pasaje pintoresco que le sucedió a Vallejo durante uno de sus viajes en un Metro de París: de pronto surgió un imprevisto que incomodó a los pasajeros. La cosa fue creciendo hasta que se armó un gran alboroto. Unos y otros vociferaban protestando por el hecho insólito. Intempestivamente se levantó un hombrecito, de esos cuya apariencia nos hace pensar en lo injusta que es la vida, y a fuerza de gritos y ademanes, hizo callar a todos los pasajeros del tranvía. Luego, cuando el silencio era total, el hombrecito se echó un vibrante discurso hablando en representación de todo el tranvía. En fin, aquella escena era como para reír, pero de ningún modo como para llorar, salvo como para llorar de risa. Juan Ríos, con su elegante y personalísima ironía, recordaba a aquel hombrecito que habló en representación de todo el tranvía y hacía alusión a aquellos versos en los cuales Vallejo hace que su desdichado personaje Pedro Rojas viva en representación de todo el mundo:

Pedro también solía comer
entre las criaturas de su carne, asear, pintar